

Bye, Bye Baden Baden

Hay toda una estrategia utilísima para colonizar nuestros hábitos morosos y morunos e impregnar de calvinismo y culto al negocio nuestra ataviada afición al ocio y al relajo. Quieren convertir al rebaño en colmena y quitarnos la noche serena y estrellada para poner en su lugar ruido mundanal de metrópolis laboriosa y embrutecida de quehaceres y tareas. La tercera ola es uno de esos tapis roulant de los aeropuertos que nos pilla a contracorriente, con lo que todos tenemos que correr un poco para permanecer en el mismo sitio. Y cuando uno da en correr se le vuelve impensable volver a sentarse; cuando uno da en no estar quieto, la inercia le vuelve culo de mal asiento y se olvida de descansos, veraneos y demás «delikatesen» del escaparate de nuestra cultura hedonista y pecadora.

Los maestros, por ejemplo, no hace tanto tiempo fueron un epítome de tela corta y vacaciones largas. Ahora están los hombres en permanente á bont de soufflé. No les llega el aire a los pulmones. No es que les hayan acortado el, sin duda, bien merecido reposo estival; es que, lisa y llanamente, ya no tienen vacaciones. Tienen escuelas de verano, cursos de reciclaje y otros nombres de la sangre, el sudor y las lágrimas. Hay que estar á la page de los últimos gritos psicopedagógicos, hay que leer la más reciente doctrina didáctica, hay que contrastar experiencias con los colegas. Hay que joderse. Son tantas las exigencias del sacerdocio docente que prepararse para ponerse frente a la turba parvular es una ascética absolutamente incompatible con el quedarse un mes desconectado, dedicándose a hacer los huevos gordos en la mecedora. La reivindicación del año sabático nace de la importancia de asignar el fértil flujo de la nueva ciencia que es un chorro que no para. Hay que dar menos clases para darlas mejor y, desde luego, hay que ganar tiempo al tiempo, de manera que, entre clase y clase, entre jornada y jornada, entre curso y curso, hay que correr por sobre el tapis roulant para no acabar arrumbado en la zaga de unos conocimientos envejecidos. En la carrera por permanecer en el mismo sitio se acaba uno olvidando de las vacaciones y sus dulces pecados. Vivir no es necesario, lo que cuenta es el negocio. Para el dulce-farniente tiempo habrá en el nicho. El ocio y el reposo son solemnes lugares comunes de la poesía bucólica, una referencia estilística de la sensualidad pervertida.

Y mientras el maestro profesa en meritoriajes estivales, los alumnos andan matriculados en aulas de naturaleza académica de recuperación y escuelas de verano. Allí el repaso de una evaluación pendiente se alterna con el pique ni que en as ruinas románicas. Y papiroflexias. Y garambainas. Caballos de Troya para inocular de contrabando datos del programa. Todo muy de puntillas sotto voce, a hurtadillas, envuelto en celofanes. Que nadie se entere de que escamoteamos el verano, ese espacio sagrado que se profana cuando se dedica a cosas útiles. Mire usted: el verano o es baden baden o no es verano. O sea: hay que dejar que a uno le crezcan telarañas en los sobacos y en el cacumen. Sobre todo hay que levantarse temprano para estar más tiempo sin hacer nada. Y si uno siente tentaciones de meterse en berenjenales, mejor no levantarse. O pecar en la cama o pecar por omisión, no hay otra alternativa. Por eso resulta aberrante la jornada estival del estudiante en una de esas granjas escuelas de verano. Empieza demasiado temprano, a una hora nefasta para la salud del escolar: a las siete de la noche. A esa absurda hora el día no ha empezado aún y se trata, en todo caso, de la noche anterior, que aún no se ha deshecho claramente. El hecho de que, en el mejor de los casos, un sol paliducho y frío asome por el Este no quiere decir, como erróneamente se cree, que un nuevo día está naciendo, sino que una vieja noche está terminando, y es justo no considerarla terminada y bien terminada hasta las once de la mañana, hora sensata, de luz clara y rotunda en la que toda posible duda del colapso de la noche se ha desvanecido. El madrugar y su lamentable buena prensa es conquista de ese

quinto jinete que nos vende como propias, costumbres que nos son extrañas. Se trata de rodearnos de quehaceres, tareas y actividad, pero nosotros nunca tuvimos horror vacui. El estar mano sobre mano, el dejar para mañana lo que fatigahacer hoy, la morosidad, la calma chicha, la contemplación fueron piedras angulares de una manera de entender la vida que fue la nuestra. Todo lo demás, o es imposición o plagio del sueño americano. Imprudenciales flirteos con el stress y el desgaste físico, imperdonable olvido de que la energía que senos da es un monto fijo que no conviene ni derrochar ni consumir en cuatro días. La hiperactividad, exigencia de la civilización del éxito, además de resultar un barbarismo de nosotros latinos, apostólicos y romanos, a nada bueno, puede llevarnos, sino al desgastamiento y al psiquiatra. Beatus ille que se ve crecer la flor del día y deja que sean otros calvinistas y luteranos, quienes la cosechan y la riegan con el sudor de su frente. Que inventen ellos. A nosotros que nos dejen el verano: esquejicos de trigo sahumados de laurel, golondrinas que miden el espacio, un sol grande, una chaise longue, un botijo y a vivir tan ricamente. Las abejitas libadoras e industriosas acaban cansadísimas o en una cárcel de Frankfurt.